Karl von Eckartshausen

UNAS PALABRAS DESDE LO MÁS INTERIOR

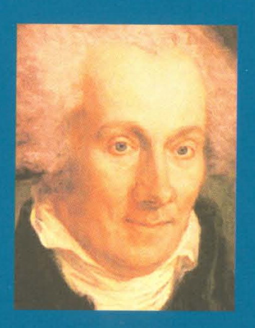
FR+ FUNDACIÓN ROSACRUZ

Karl von Eckartshausen

UNAS PALABRAS DESDE LO MÁS INTERIOR

Toda la obra de Eckartshausen es un esfuerzo por explicar el origen de la luz interior en el ser humano. En *Unas Palabras desde lo más Interior* expone con profundidad y sencillez la existencia de una Escuela de Sabiduría Universal en la que los seres humanos pueden alcanzar el verdadero conocimiento, si son capaces de penetrar en su santuario más interior. Sólo allí encontrarán a Dios, lo Uno que es Todo en Todo. Las reglas finales de los tres santuarios de dicha Escuela muestran con claridad las capacidades que precisa quien quiere volverse apto para la Luz.

El segundo texto de este pequeño volumen, *Sobre la Capacidad de Perfeccionamiento del Ser Humano*, es una llamada a toda la humanidad, que se halla a las puertas de la Edad del Espíritu, para que regrese a la Luz por medio del camino de perfeccionamiento de su ser.



KARL VON ECKARTSHAUSEN (1752-1803)
Nació y murió en Baviera. Con una sólida formación intelectual, a los 25 años ingresó en la Academia de las Ciencias de Munich, de la que fue miembro hasta poco antes de su muerte. Animado por un profundo sentimiento religioso y un fuerte espíritu racional, estudió ampliamente las ciencias herméticas, a las que utilizó siempre como medios para elevar la conciencia humana. Falleció a los 51 años, dejando tras sí un extenso legado literario y filosófico.






ISBN:978-84-87055-57-7

Karl von Eckartshausen, teósofo y prolífico autor de la Ilustración alemana, tuvo una gran influencia en escritores como Goethe, Novalis, Schiller, Gogol o Tolstoi. Interesado en la filosofía hermética y en el esoterismo cristiano y humanista, muy pronto desarrolló una intensa vocación hacia la alquimia, la magia, la mística, la numerología y la cábala, que le llevó a frecuentar los círculos rosacruces de la época. Entre sus fuentes se hallan los escritos de Hermes, Paracelso, Böhme, Digby y Silesius.

Como ellos, su ideal era encontrar de nuevo el camino hacia la Verdad y la Unidad, el camino de perfección del ser humano. ¿Es posible alcanzar esa perfección?, se preguntaba Eckartshausen. En su obra responde: *"El gran plan de la divinidad es llevarlo todo a la perfección... Pero este objetivo sólo puede alcanzarse por medio de la sabiduría y el amor, y por el Espíritu que emana de la sabiduría y del amor"*.



La Colección Fénix ofrece una selección de obras únicas de la Sabiduría Universal recuperadas del olvido mediante una cuidada edición en castellano.

FR+ | FUNDACIÓN ROSACRUZ

OTROS TÍTULOS DE
NUESTRA EDITORIAL



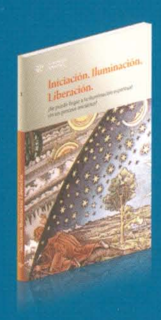
El Renacimiento Oculto

Espiritualidad y esoterismo en el arte renacentista

Tomo I

JESÚS ZATÓN

Colección Ars Hermetica



Iniciación. Iluminación. Liberación.

¿Se puede llegar a la iluminación espiritual sin un proceso iniciático?

FRANCISCO CASANUEVA FREIJO

Colección Pelícano

www.fundacionrosacruz.org

UNAS PALABRAS DESDE LO MÁS INTERIOR

y

SOBRE LA CAPACIDAD DE PERFECCIONAMIENTO DEL GÉNERO HUMANO

Karl von Eckartshausen

FR FUNDACIÓN ROSACRUZ

Título original: Einige worte aus dem innersten
Traducción del original alemán: Emilia Rodrigo
Introducción: Equipo de redacción de la Fundación Rosacruz
Diseño de cubierta: Infinitum
Imagen portada: Retrato de Karl von Eckartshausen

Edita: Fundación Rosacruz
Padre Rico, 8, bajo, dcha.
46008 Valencia (España)
Web: www.fundacionrosacruz.org
e-mail: secretaria@fundacionrosacruz.org

1ª edición, Diciembre 2010

ISBN: 978-84-87055-57-7
Depósito Legal: Z-4314/10

Impreso en gráficas Conotrocolor
Avd. Río Ebro, 39. Cuarte de Huerva (Zaragoza)

Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo a la primera edición alemana

Tras haber tenido la oportunidad de ofrecer a nuestros lectores hace algunos años una nueva edición completa de la obra "*La nube sobre el Santuario*"[1] de Karl von Eckartshausen, nos ha surgido la posibilidad de editar de nuevo algunos pequeños escritos de este conocido autor, que vivió desde 1752 hasta 1803. Se trata de los títulos "*Unas palabras desde lo más interior*" y "*Sobre la capacidad de perfeccionamiento del género humano*".

Ambos escritos, reunidos ahora en un único volumen, salieron a imprenta en el año 1797 en Leipzig, no volviéndose después a localizar. A excepción de una traducción rusa, editada en 1803 en San Petersburgo, no fueron publicados posteriormente.

El mérito de haber sacado a la luz estas ediciones en la actualidad se lo debemos al biógrafo de Karl von Eckartshausen, el profesor universitario francés Dr. Antoine Faivre (véase su estudio detallado: *Eckartshausen et la théosophie chrétienne*, París, 1969). Él las descubrió en la biblioteca de la Facultad Libre de Teología Protestante de Lausanne, donde se encontraban los únicos

ejemplares hasta ahora conocidos de ambas ediciones de 1797. A partir de ellas hemos podido componer el texto presente.

Hemos recogido fielmente el contenido de ambos escritos según las palabras de Eckartshausen y con la gramática de su época, al ser de la opinión de que reflejan algo del ambiente en el que fueron escritos. El estilo de Eckartshausen es, además, tan claro y preciso que el moderno lector lo comprenderá perfectamente. Sólo algunas palabras, actualmente en desuso, se explican mediante notas al final.

En las portadas de 1797, que también hemos impreso, se observa que el autor se ha asignado la curiosa indicación "15". El profesor Faivre señala que Eckartshausen, habiendo estudiado diligentemente numerología, también utilizó la indicación "15" en algunos otros escritos, pues tenía especial preferencia por este número. Ante la pregunta de un amigo, el suizo Niklaus Antón Kirchberger (1739-1799), contestó Eckartshausen en 1797 al respecto: "Por cierto, me pregunta por qué he incluido en mis últimas obras el número 15, y a esta cuestión sólo puedo contestar lo siguiente: Porque este número es realmente mi número. De las propiedades de este número podrá conocer todo mi ser; nadie puede ir más allá de su número"[2].

En este contexto habría que reseñar que en la

novela iniciática de Eckartshausen "*Kostis Reise von Morgen gegen Mittag*"[3] (Donauwörth, 1795), al principio el héroe tiene 15 años. También en su obra "*Über die wichtigsten Mysterien der Religión*"[4] , publicada después de su muerte en Munich en 1823, en su capítulo *Mysterium Crucis in Natura rerum*, el autor relaciona el símbolo de la cruz con el número 15.

El editor



Imagen de la portada de la edición alemana. Grabado de Friedrich John, muestra a Karl von Eckartshausen en su edad madura, posiblemente cercano a los cincuenta años. El grabado se encuentra en el 'Stadtmuseum de Munich'. Estamos muy agradecidos a este museo por habernos cedido una fotografía del mismo.

Introducción a la edición española

Franz Karl von Eckartshausen nació en el castillo de Haimhausen, en Baviera, el 28 de junio de 1752, y murió en Munich el 13 de mayo de 1803. Hijo ilegítimo del conde Karl von Haimhausen y de María Anna Eckart. Del padre tomó el nombre, mientras que su apellido lo formó reuniendo los apellidos paterno y materno: "Eckart" por parte de la madre y "Hausen" por parte del padre.

La influencia de Karl von Eckartshausen sobre el temprano romanticismo alemán es considerable, siendo sus trabajos sobre filosofía natural y teosofía cristiana fuente de análisis y discusión de escritores como Goethe, Schiller o Novalis. No tardaron sus obras en editarse en Francia y Rusia, país este último que comenzaba a mostrar un gran interés por la filosofía hermética y cristiana, estimulado por los círculos rosacruces y masones de Nikolai Novikov e Iván Vladimirovitch Lopuchin. Un detalle que nos permite comprender el interés de los intelectuales rusos por los planteamientos de Eckartshausen es que autores como Nikolai Gogol (en *Las almas muertas*) o León Tolstoi (en

Guerra y paz) hiciesen mención de su filosofía en sus producciones literarias.

Entre 1770 y 1773 Eckartshausen estudia en la Universidad de Ingolstadt.

En 1776 obtiene el puesto honorífico de Consejero Áulico.

En 1777 es admitido en la Academia de las Ciencias de Munich, de la que fue miembro asiduo hasta el año 1800. Cabe destacar durante este período su actividad como conferenciante y su relación con el director de la sección histórica de dicha academia, Ferdinand von Sterzinger, que, al igual que Eckartshausen, mostraba gran interés por la magia y los fenómenos ocultos. De hecho, Eckartshausen llevó a cabo en esta academia diversos experimentos físicos y alquímicos que influyeron decisivamente en sus obras.

En 1779 se casa con Genoveva Quiquérez, que muere dos años después.

En 1780 ingresa en el Colegio de la Censura, encargándose especialmente de la revisión de obras sobre Derecho y Literatura. Entre 1780 y 1783 se dedicará a todo tipo de actividades jurídicas, especializándose en criminología, lo que al parecer influyó profundamente en sus convicciones humanitarias e hizo que se decantara por la defensa de los débiles y oprimidos. Uno de los opúsculos publicados en esta época y que nos da muestra de sus intereses llevaba por título

"*De los orígenes de los delitos y de la posibilidad de evitarlos*".

En el año 1781, Karl von Eckartshausen se casará de nuevo, esta vez con Gabriela von Wolter, hija del médico personal del príncipe elector y director de la facultad de medicina de la Universidad de Ingolstadt. Del matrimonio nacerá una hija: Sophia Teresa Gabriela.

Durante este período Eckartshausen desempeñará el cargo de censor de la biblioteca y posteriormente el de conservador de los archivos de Baviera.

El 5 de abril de 1785 Eckartshausen presenta una conferencia relevante (*Über die litterarische Intoleranz unsers Jahrhunderts*[5]) en la Academia Bávara de Munich. En la misma se dirige contra los "*Illuminati*", grupo secreto masónico que, según Eckartshausen, propugnaba un modo equivocado de iluminación basado en una filosofía sin religión. Eckartshausen se había unido en un primer momento a la orden masónica de Adam Weishaupt, la orden de "*Los Perfectibilistas*", más conocida como los "*Illuminati*", pero retiró su adhesión a la misma cuando comprobó que esta orden planteaba una iluminación racional, accesible a cualquier persona, al margen y por encima de la fe. Tal oposición resulta lógica teniendo en cuenta que Eckartshausen entendía la verdadera filosofía religiosa como un camino

entre el racionalismo, el liberalismo y el materialismo de su tiempo, y propugnaba la restauración religiosa a través del amor universal.

En 1786 publica una obra titulada "*De la organización práctica y sistemática de los Archivos Principescos en general*" y, entre 1788 y 1792, unas aclaraciones sobre la magia en 4 volúmenes, "*Aufschlüsse zur Magie aus geprüften Erfahrungen über verborgene philosophische Wissenschaften und verdeckte Geheimnisse der Natur*"[6] . En este trabajo da muestras de un profundo conocimiento del hermetismo, la cábala y la magia, y a partir del mismo su obra tiende a centrarse en el esoterismo. No debemos pasar por alto que en estas aclaraciones sobre la magia, se pronuncia nuevamente en contra de los "*Illuminati*", mostrándose muy crítico con las sociedades secretas masónicas, especialmente con las que, en su opinión, alejan al ser humano de la verdad y el bien.

Mística de la luz

La producción literaria de Eckartshausen es muy amplia y en la misma el teatro ocupa un lugar preeminente. Sin embargo, Eckartshausen ha pasado a la historia más como alquimista, místico y cabalista que por la fecundidad de sus obras literarias. Entre las obras en las que ha

dejado constancia de sus preocupaciones teosóficas de enfoque cristiano caben destacar "*La nube sobre el Santuario*", "*Los principios del conocimiento superior*" y "*De las fuerzas mágicas de la naturaleza*", que es presentada como la "traducción libre de un manuscrito egipcio escrito en la lengua copta". En estas tres obras, publicadas en 1819, queda patente un claro sentimiento místico por la luz.

En "*La nube sobre el Santuario*" nos presenta a Cristo como Sol espiritual y nos explica que "así como la luz exterior nos ilumina por el camino de nuestra peregrinación, la luz interior nos ilumina por el camino de la salvación"; en "*Los principios del conocimiento superior*" nos dice que "mediante la luz hallará el mago sabiduría y fuerza" y que "la luz que conocemos en este mundo caído es sólo un reflejo, un préstamo de los sentidos y puede conducir al conocimiento o a la ciencia, pero nunca a la sabiduría".

Para Eckartshausen todo es luz en diferentes estados de oscuridad, pero, particularmente, está presente en el Sol, el oro, el vino y el hombre. La luz es el único elemento del que proviene todo lo que existe, por lo que saber concentrar esta luz, haciéndola fija, es el secreto más elevado del sacerdote-alquimista, es el secreto de la medicina universal.

Ahora bien, aunque la luz esté presente, es pre-

ciso disponer de un órgano espiritual para ser sensible a la misma. A tal sentido u órgano espiritual Eckartshausen lo denomina "sensorium". Este sensorium está cerrado en la mayoría de los hombres, sin embargo, puede ser abierto a través del proceso de regeneración que transforma al ser humano en un Hombre Nuevo.

La luz es uno de los temas de reflexión más relevantes de Eckartshausen, tal vez debido a las experiencias y sueños que tuvo ya desde muy temprana edad. Como escribiría al teósofo suizo Niklaus Anton Kirchberger, "la luz que brilla en las tinieblas me proporciona el conocimiento de las cosas ocultas".

El citado Niklaus Anton Kirchberger había publicado diversos escritos antimonárquicos y contra ciertos movimientos antirreligiosos de su tiempo y Eckartshausen llegó a conocerle y mantener con él una fluida correspondencia entre los años 1793 y 1797, pues compartían ideas similares respecto al cristianismo y la teosofía. Eckartshausen, al igual que un reducido círculo de contemporáneos (Kirchberger, Baader y Saint-Martin, entre otros), mostró un gran interés en lo que se denominó "aritmosofía", una metafísica simbólica de los números que si bien tenía su origen en la cábala judía y el pitagorismo, nos ha llegado a través de la cábala cristiana. Como resultado de tal interés escribió en

1794 un tratado sobre la teoría de los números.

Las fuentes

En 1795 Kirchberger escribió al místico y teúrgo Claude de Saint-Martin, señalando que Eckartshausen admiraba al teósofo Böhme y diciendo de paso que Eckartshausen seguía siendo un enigma para él. La referencia a Böhme nos ofrece una pista clara sobre las fuentes en las que bebe Eckartshausen, sobre todo teniendo en cuenta que no siempre suele mencionarlas, si bien en sus obras podemos encontrar citados a Silesius, Hermes, Digby o Paracelso.

En cualquier caso, es evidente que el pensamiento esotérico de Eckartshausen contiene elementos de Paracelso, de la teosofía de Jacob Böhme, de la cábala cristiana, del hermetismo y de la alquimia. Especial importancia parece tener en su pensamiento el cristianismo teosófico de Böhme y sus ideas sobre el cosmos, la divinidad y la naturaleza tal como dejó escrito en "*Aurora*". También el rosacrucismo de la orden *Gold und Rosenkreuzer*, movimiento masónico-rosacruz de la época, y las "*Geheime Figuren der Rosenkreuzer*"[7], publicadas en Altona en 1785-1788, tuvieron gran repercusión en sus concepciones. Aunque Eckartshausen se mostró muy crítico con las sociedades secretas de su época,

con dicho movimiento rosacruz compartía un enfoque similar respecto a la cábala cristiana y la alquimia espiritual.

Sobre Dios y el Amor

En su "*Tratado de la Creación*" y, particularmente, en "*Dios es el Amor más puro*" (1790), Eckartshausen nos ofrece su particular visión de la deidad mostrándose como un hombre que siente el placer de existir y que eleva con gratitud sus pensamientos hacia su creador. Eckartshausen se siente vivo, consciente de su existencia y experimenta que la creación anuncia el amor del creador y que para amarle debe guardar sus mandamientos, que no son otra cosa sino amor. Eckartshausen percibe al creador en los campos floridos, en los bosques, en el perfume de las flores, en la admirable estructura de los cuerpos... Siente que lo visible está íntimamente ligado con lo invisible por leyes eternas y que la naturaleza entera responde al amor, al puro amor. "Ama a Dios, ámate a ti mismo, ama a tu prójimo".

Sin duda, Eckartshausen tiene mucho de místico, pero no del místico eremita que se aparta del mundo y lo repudia por ser fuente de pecado. Bien al contrario, una voz interior le dice que disfrute de la vida que le ha sido concedida y

siente el deseo de ver feliz a todo cuanto le rodea, pues en todo reconoce la presencia de la divinidad. Se trata de la aplicación práctica de lo que él llama "el camino de la felicidad", camino que no es otra cosa que recibir a Jesucristo en el corazón y de este modo transformarlo en un verdadero templo.

Eckartshausen es consciente del gran destino que aguarda a la humanidad, es consciente de que esta vida no es sino un viaje, que "la vocación del hombre es avanzar hacia la unidad de la criatura y del creador" y que tal unidad se basa en el amor. Pero, ¿cómo alcanzar tal meta? Eckartshausen lo expresa con claridad: "Mientras el acto de mi amor tiende menos al amor por mí mismo, más puro es mi amor". Se trata, por tanto de desprenderse del "amor a uno mismo", del egocentrismo.

La Iglesia Interior

En 1796 Eckartshausen publica "*Die wichtigsten Hieroglyphen fürs Menschen-Herz*"[8], obra en la que aborda un aspecto muy relevante de su filosofía: "la Iglesia Interior".

Eckartshausen inspirará y al tiempo se dejará influir por la teosofía del rosacruz Ivan Lopuchin (1756-1816), autor de la obra "*Algunas características de la Iglesia Interior*". Según

Eckartshausen, "la Iglesia o Escuela Interior" es un estamento de educación universal de los hombres, una Escuela de Sabiduría. Posee, según nos dice, un "aspecto exterior" o atrio, que se manifiesta como "forma"; un "aspecto interior" o templo, que se manifiesta como "efecto"; y un aspecto "más interior" o santuario, que se manifiesta como "fuerza".

Evidentemente, si bien en cada época muchos son lo que han llegado a vincularse con los aspectos exteriores de esta gran Escuela, muy pocos, sin embargo, fueron capaces de penetrar en su aspecto más interior. En lo exterior, en el atrio, se encontraría la letra; en lo interior, la razón de la letra; y en lo más interior, el espíritu que ilumina la razón y vivifica la letra. Se nos presenta por tanto como un conjunto de tres santuarios que están uno dentro del otro: el exterior en el interior y el interior en el más interior. Y quien llega a penetrar en lo más interior, "sólo conoce un único maestro, y este maestro es Cristo".

El objetivo de una escuela así fue siempre conducir al ser humano hasta lo más interior, allí donde podía llevarse a cabo la unión con la divinidad. A tal fin, y acorde con su aspecto trino, debía comprender tres grandes bloques de estudio: el hombre, la naturaleza y Dios. El estudio del ser humano sensorial y material (las enseñanzas externas) sería llevado a cabo en el atrio, el estudio de la naturaleza (cabe recordar que para Eckartshausen el lenguaje de la naturaleza es la alquimia) en el templo, y el estudio de Dios (reservado a los aspectos más interiores de la comunidad), en el santuario.

Tres estadios y libros han de ser utilizados: el Antiguo Testamento (la antigua Alianza), como base para el desarrollo de la razón; el Nuevo Testamento (la nueva Alianza), como base para el desarrollo del corazón; y El Libro de la Naturaleza (la tercera Alianza, el Espíritu que une lo antiguo con lo nuevo), como base para el desarrollo de los sentidos (de los nuevos sentidos). "Pero la razón más pura y suprema sólo existe cuando estas tres luces se iluminan una a otra; cuando la luz divina irradia su brillo sobre la luz espiritual y la espiritual sobre la luz natural."

Señala Eckartshausen que, desde la más remota antigüedad, el aspecto exterior de la Iglesia o Escuela Interior tuvo la misión de ofrecer a la humanidad sensorial anhelante de la verdad, a través de imágenes alegóricas, señales que le permitiesen acceder al templo del Amor y la Razón, y de éste al asiento de todos los misterios: el santuario donde se manifiesta la Razón Suprema, la Verdad, el Amor y la Sabiduría, tres

medios, estadios, fases o escuelas que componen el hilo de Ariadna.

Sin embargo, en un momento dado, el aspecto exterior de la Escuela de Sabiduría al que hace referencia Eckartshausen, degeneró "y cayó en los más horrendos errores", debido a que se separó de la escuela más interior. Como resultado inevitable, la escuela más interior, formada por quienes estaban unidos "con la fuente misma de la luz, que es Dios", se ve en la necesidad de retirarse. Pero tal separación no es sino aparente, pues sigue manifestándose desde lo invisible y permitiendo que todo ser humano pueda volver a escalar los tres peldaños que le unen con su dios interior. No se trata, sin embargo, de una sociedad secreta, por mucho que utilice el lenguaje de los símbolos y en la misma se lleven a cabo iniciaciones; es una religión interior, espiritual, cuyos sacerdotes, como deja bien sentado en "*La nube sobre el santuario*", son separadores "de la naturaleza pura de la impura".

¿Es capaz el ser humano de volverse perfecto?

El texto que les ofrecemos se complementa con otro: "*Sobre la capacidad de perfeccionamiento del género humano*". En él se reflexiona sobre si realmente el ser humano es capaz de volverse perfecto.

Eckartshausen nos ofrece su particular visión de los aspectos que integran al ser humano, tanto a nivel interior (razón, voluntad y actividad), como exterior (capacidad de sentir, receptividad y sensibilidad). Pero, ¿qué entiende Eckartshausen por razón? Para Eckartshausen la fuente de la razón es Dios mismo. El problema, como bien señala, es que la razón humana no está limpia de prejuicios "y tampoco puede volverse limpia, porque del corazón se elevan siempre nubes de las pasiones que oscurecen esta luz."

La gran mayoría de los seres humanos no buscan a la naturaleza ni a Dios, sino que están ebrios de sí mismos. No buscan la Verdad, sino ofrecer su propia verdad, sus propias opiniones. En tal situación, sus actividades no están sometidas a la voluntad divina, sino a la voluntad egocéntrica, y en base a ello, no puede manifestarse la ley del perfeccionamiento.

Para que el perfeccionamiento del género humano pueda llevarse a cabo se requiere razón o capacidad de discernimiento y poder de corazón para ejecutar, de forma armoniosa, lo que la razón discierne. Pero a quienes buscan la armonía de su razón, corazón y acto, con el fin de alcanzar la perfección, Dios mismo les ofrece fuerza y poder.

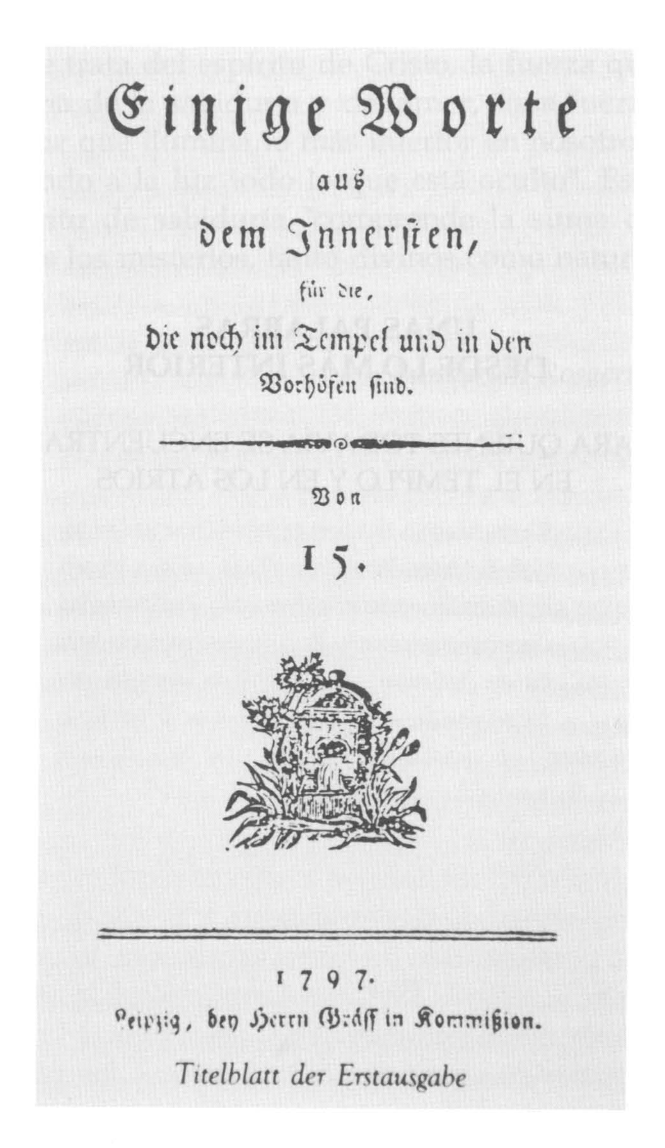
¿En qué consiste tal fuerza y poder?

Se trata del espíritu de Cristo, la fuerza que emana de la sabiduría y del amor, "una fuerza de luz que ilumina lo más interior en nosotros, sacando a la luz todo lo que está oculto". Este espíritu de sabiduría "comprende la suma de todos los misterios, tanto divinos como naturales".

Fundación Rosacruz

UNAS PALABRAS DESDE LO MÁS INTERIOR

PARA QUIENES TODAVÍA SE ENCUENTRAN EN EL TEMPLO Y EN LOS ATRIOS



Einige Worte

aus

dem Innersten,

für die,

die noch im Tempel und in den

Vorhöfen sind.

Von

15.

1797.

Leipzig, bey Herrn Gräff in Kommission.

Titelblatt der Erstausgabe

Portada de la primera edición del año 1797.

Unas palabras desde lo más interior

Acaso, ¿existió alguna vez una escuela universal para la educación de los seres humanos, una Escuela de Sabiduría Universal? Y si es así, ¿cuáles fueron sus secretos?

Esta pregunta se plantea desde hace algunos siglos, y muchas y muy variadas son las referencias al respecto. Si acaso llegó a existir, ¿fue esta escuela de la verdad una obra humana? ¿Se trataría quizá de alguna combinación de burla y perspicacia, o sería el resultado de la experiencia? ¿O bien era sólo un esfuerzo bienintencionado de personas más nobles? ¿Quién podría contestar a tales cuestiones con fundamento y quién estaría, además, capacitado para responderlas?

Existe una Escuela de Sabiduría Universal, y ella posee una cátedra celeste en lo más interior del espíritu, de donde parten todos los conocimientos.

Esta Escuela de Sabiduría posee
su aspecto exterior,
su aspecto interior,
su aspecto más interior.

Y estos aspectos,
exterior,
interior y
más interior,

se encuentran eslabonados entre sí. Sólo quien conozca lo exterior, lo interior y lo más interior puede responder a las cuestiones anteriormente planteadas, pues sólo él conoce el todo. Y todavía no había llegado el tiempo en el que, quienes conocían la totalidad, hablasen sobre ello[9].

Aquello que en lo más interior de esta escuela se manifiesta como fuerza, aparece en lo interior como efecto y en lo exterior como forma o jeroglífico. Vemos así que esta Escuela de Sabiduría dispone de

su atrio,
su templo y
su santuario.

Sólo quienes en cada época se encontraban en el santuario más interior, miraban a través del templo a los atrios. Para quienes se encontraban en los atrios y en el templo, el santuario más interior estaba aún cerrado.

En cada época ha habido pocos que penetrasen desde el aspecto interior al más interior. La mayoría permaneció en los atrios. Todo cambio y perturbación que surgía en la escuela afectaba

sólo al atrio; tanto el templo como el santuario permanecieron siempre inalterables.

Sólo la forma está sometida a las leyes del tiempo y a sus cambios; el espíritu en el interior es inmutable y eterno. Los atrios pueden ser profanados, desfigurados y violentados, pero nunca el templo interior y jamás el santuario más interior.

Cuando en los atrios se instalaba el desorden, el espíritu se retiraba a lo interior y la forma carente de espíritu se desmoronaba. Si un espíritu atrevido osaba profanar el templo, la verdad se retiraba a lo más interior y el templo desaparecía ante el sacrílego ser humano carnal.

En lo exterior, en el atrio, en la forma, en el jeroglífico, se encuentra la letra; en lo interior, la razón de la letra; en lo más interior, el espíritu que ilumina la razón y vivifica la letra.

Existen tres santuarios, estando siempre uno dentro del otro, el exterior en el interior, el interior en el más interior: lo santo, lo más santo y lo santo de lo santo.

Existen tres mundos, cada uno de ellos con puntos de vista particulares, objetos particulares, un espíritu particular y un sol particular que los ilumina. La luz del Sol en los atrios; la luz de la pura razón en el templo y la luz del espíritu de Dios en el santuario.

Por doquier aparecen nuevas revelaciones por medio de la luz. ¡Por doquier se desarrollan nuevos misterios! ¿Quién ha sido jamás capaz de traicionarlos? ¿Quién los ha ofrecido a los no receptivos? La sabiduría gobierna en lo más interior; el amor en lo interior; y el espíritu procedente del amor y de la sabiduría debería gobernar lo exterior.

Las materias de las escuelas de sabiduría son el ser humano, la naturaleza y Dios. El ser humano se encuentra en el atrio, la naturaleza en el templo y Dios en el santuario.

El objetivo de toda escuela de sabiduría ha sido siempre conducir al género humano de los atrios de sí mismo al templo de la naturaleza y, por la naturaleza, a Dios, al santuario más interior.

En lo más interior, sus medios son divinos; en el interior son espirituales y, en lo exterior, naturales. Sus misterios residen en la unión del mundo físico con el espiritual, y del mundo espiritual con Dios.

Ella acoge en su atrio a personas de todas las religiones, pues su objetivo es unir a los seres humanos entre sí, y a la humanidad con Dios. La diversidad de religiones permanece en los atrios; en el templo penetran hermanos con hermanos; y se reúnen todos como ungidos (cristianos) en el santuario.

La Escuela de Sabiduría posee tres libros:
La Biblia, o la Antigua Alianza,
el Evangelio, la Nueva Alianza, y
el Libro de la Naturaleza.

La Biblia para la razón,
el Evangelio para el corazón,
el Libro de la Naturaleza para los sentidos.

Para poder leer estos tres libros se necesitan, no obstante, tres luces:

La luz divina para la Biblia, o la Antigua Alianza,

la luz espiritual para el Evangelio, o la Nueva Alianza,

la luz natural para el Libro de la Naturaleza.

Pero la razón más pura y suprema sólo se alcanza cuando estas tres luces se iluminan una a otra; cuando la luz divina irradia su brillo sobre la luz espiritual y la espiritual sobre la luz natural.

Nosotros vemos de lo exterior a lo interior, de lo interior a lo más interior. De la forma al órgano, del órgano a la fuerza; de la manifestación al efecto, del efecto a la causa; del ojo al espíritu, del espíritu al alma. Y esta visión en la luz es uno de los misterios más interiores.

La Escuela para la educación del género humano es triple. Tenemos:
la exterior,
la interior,
la más interior.

La exterior guarda relación con el ser humano sensorial y material;
la interior, con el ser humano capaz de entendimiento;
la más interior, con el ser humano dotado de razón.

La escuela exterior es visible y se encuentra sometida a los cambios del tiempo. La escuela interior es invisible y consiste siempre en la unión de todas las cabezas pensantes, por la razón y el corazón.

En esta escuela aprende quien es "apto para la luz"[10], es decir, quien está en posesión del cemento capaz de unir a los seres humanos entre sí, y a ellos con la naturaleza.

Pero esta escuela degeneró y cayó en los más horrendos errores cuando se separó de la escuela más interior. Y esta escuela más interior es la más invisible en cada época y consiste en la unión de los aptos para la luz con la fuente misma de la luz, que es Dios. Esta luz original ilumina a todo ser apto para la luz original de su época.

La más interior es la escuela de los profetas, la escuela de la revelación por el espíritu de Dios;
la interior es la escuela de la revelación por la naturaleza y la religión;
y la exterior es la escuela de los símbolos, que conserva los grandes jeroglíficos originales y el lenguaje de imágenes, para que la humanidad sensorial siempre pueda encontrar el hilo que le permita penetrar de lo exterior a lo interior y de lo interior a lo más interior.

En lo más interior, en el santuario, residen todos los misterios. Esta sabiduría gobierna lo interior y lo exterior por medio del amor.

En el santuario está la sabiduría; en el templo, el amor; en el atrio debe morar la verdad, la cual conduce, por medio de imágenes alegóricas, a la comprensión, y desde la comprensión a la razón suprema.

La sabiduría, el amor y la verdad fueron y serán siempre los medios de las escuelas de sabiduría para conducir a los seres humanos al gran objetivo de la perfección suprema.

Desde que existe el mundo, estas tres escuelas de formación siempre han estado más o menos unidas; pero su perfección suprema consiste, no obstante, en la unión más íntima de lo más interior con lo interior, y de lo interior con lo exterior.

La más interior, en tanto que escuela de luz de

los visionarios y profetas, es la escuela de la luz original;

la interior es la escuela para poder llegar a esta luz original por medio de la naturaleza y la religión;

la exterior es el continente de las formas e imágenes de las verdades interiores.

Por las enseñanzas de estas tres escuelas, el mundo recibía todas las verdades que poseía: las divinas, las espirituales y las físicas.

1. Por las enseñanzas de los visionarios, recibió las verdades divinas de lo más interior.

2. Por las enseñanzas de los sacerdotes y auténticos mensajeros de la naturaleza, recibió las verdades de lo interior.

3. Por las lecciones de los símbolos y misterios, las verdades de las imágenes alegóricas del atrio.

1. La labor del visionario era conocer a Dios como fuente de todo bien, por ser Él bueno.

2. La ocupación del verdadero sacerdote y anunciador de la naturaleza era aprender a amar a Dios porque Él es bueno y verdadero.

3. Y la tarea de los misterios era hacer comprensibles las imágenes originales de estas verdades interiores y más interiores, por ser buenas, verdaderas y bellas.

Éste es el camino de la luz, y según esta medida hay que juzgar todo lo que expande luz; poco importa lo que ocurra en los atrios exteriores. Pero el plan de la gran escuela de educación es y seguirá siendo:

1. Purificar la razón humana de prejuicios.
2. Purificar su corazón de errores.
3. Purificar su actividad de pasiones.

La unidad de todo por
la sabiduría,
el amor y
la verdad.

Unirlo con Aquél que es
Sabiduría,
Amor y
Verdad.

Se vuelve, por tanto, necesario entablar la lucha entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, lo armónico y lo inarmónico; pero tras la lucha viene la victoria, tras el crepúsculo, la luz.

La Escuela de Sabiduría tiene tres peldaños; el ser humano debe primero escalarlos en sí mismo, sólo entonces podrá actuar sobre los demás:

1. La Biblia nos conduce al noviciado; aquí rige la ley.
2. El Evangelio nos lleva al combate; aquí gobierna la misericordia.
3. Finalmente, la culminación del Espíritu conduce a la victoria; aquí se produce la santificación.

Así encontramos:
1. Allá la armadura.
2. Aquí la espada.
3. En este lugar la corona.

En el primer peldaño se encuentra el levita;
en el segundo, el sacerdote;
en el tercero, el sumo sacerdote.

El ser humano camina así desde el atrio al santo, desde el santo al santo de los santos. Este sumo sacerdote, que ha penetrado en el santuario, instruye a los demás por medio de los sacerdotes y levitas.

Pero quien ha llegado a penetrar en lo más interior sólo conoce un único maestro, y este maestro es Cristo.

Su biblioteca es: La Biblia, el Evangelio, la Naturaleza.

Su método es: la Verdad y el Amor.

Su lema es: Unifica tu razón, tu voluntad y tus actos según el ejemplo de Aquél que es uno con la unidad en el pensar, querer y actuar.

Únete a Dios, a ti mismo y a la verdadera humanidad divina, en la misma aspiración, el mismo objeto y la misma meta, para que en Cristo, tú seas uno con la unidad y Cristo se vuelva en ti Todo en Todo.

El siguiente lema es la suma de toda sabiduría y la fórmula más elevada por la que se manifiesta la Escuela de Sabiduría:

¡Cristo es Todo en Todo!

Reglas para lo exterior

1. Distánciate de lo múltiple y busca en todo la unidad con la naturaleza.

2. Pero busca primero lo uno en ti, luego lo uno fuera de ti en la naturaleza y finalmente busca ser uno con la humanidad y las criaturas que te rodean, para que seas uno con Aquél que es la fuente de todas las cosas.

3. Dios es el ser más simple y sólo lo simple puede unificarse con Él.

4. No busques a este Dios fuera de ti, sino dentro de ti; en lo más interior, pues allí está su santuario.

5. Busca sabiduría y no ciencia; el saber envanece, pero ser sabio vuelve humilde y por la humildad se alcanza la felicidad.

6. No separes nunca a la naturaleza de Dios, contémplale en la naturaleza y alcanzarás el puro discernimiento.

7. La razón es una luz interior. Ella vuelve todo reconocible, al igual que la luz vuelve todo visible en lo exterior.

8. Une la razón con la experiencia y la experiencia con la razón, así tu mente no te convertirá en un iluso y la experiencia no te transformará en un materialista carente de alma.

9. No rechaces nada, pero examínalo todo y elige lo que es bueno. No pienses, sino deja que el pensamiento venga a ti. Esto significa: Percibe los objetos tal como aparecen en la naturaleza y ordena tus ideas según sus construcciones, entonces pensarás de verdad; una gran parte de la humanidad ordena la naturaleza según sus ideas y piensa erróneamente, pues nosotros no debemos modificar, sino dejarnos modificar por el orden eterno.

10. Busca eliminar los prejuicios de tu mente, los errores de tu corazón y tu actividad de los actos contrarios al orden, y te volverás sabio.

11. Pero tu razón precisará de una fuerza para poder reconocer los prejuicios, tu corazón o voluntad necesitará un poder para resistir a los errores y a las pasiones, y tu actividad precisará de un espíritu que te impulse al orden y te lo desvele.

12. Pero la fuerza, el poder y el espíritu sólo los obtienes por medio del Uno, y este Uno es Aquél que conduce todo a la unidad. Él, que vino a su propiedad, pero los suyos no le acogieron. Pero a quienes le acogieron, les dio el poder para volverse hijos de la luz.

Reglas para lo interior

1. Cree en Dios, témele, y si crees en Él y le temes con el temor del amor, te abstendrás de todo lo que no es bueno. Pero nada es bueno, sino sólo Dios y lo que procede de Él. De Él proceden el orden y la armonía, siendo el orden y la armonía su ley. Por consiguiente, guardas su ley cuando eres fiel a su orden. Cuando te revistas con el vestido de la justicia, la astucia y la maldad no podrán encontrar morada en ti, ya que estarás unido al orden, a la unidad.

2. Sé simple como un niño que no conoce el mal; excluye de ti toda duplicidad, todo lo que tiene doble faz, toda obstinación, voluntad y amor propio. Que tu corazón y tus sentidos estén siempre orientados hacia la unidad y que tu objetivo sea siempre, por doquier, Dios. Sea así tu sencillez de paloma y que tu inteligencia serpentina sirva sólo para esquivar las resistencias, sin perder jamás de vista el objetivo. No hables mal de nadie y busca soportarte a ti mismo y a los demás. Comparte con agrado lo que adquieras y da a todos los necesitados sin preguntar, pues tú sólo les das un presente de Dios, ya que nada te pertenece. También lo que

tú adquieres es un presente de Dios. Da, por tanto, y Dios te volverá a dar.

3. Ama la verdad, y que cada palabra que pronuncies tenga su impronta. No mientas; no halagues, aprende a callar: Pero cuando tengas la obligación de hablar, di la verdad.

4. Busca la abstinencia y serás puro; el pudor es el compañero de la castidad. Quien conoce el valor de lo bueno, conoce el valor de la abstinencia. Quien se abstiene será casto; y quien es casto, es puro. La castidad te arranca de la caída.

5. Sé paciente y aprende a sufrir, y tu firmeza removerá el mal bajo tus pies. En el espíritu en calma se refleja la divinidad, y la fuerza y el poder se encuentran en el que soporta.

6. Mira de mejorarte cada día; separa en tu corazón el bien y el mal, pues esto es penitencia. Júzgate a ti mismo y colócate ante el sol de la justicia para que él te limpie.

7. Teme a Dios y cumple sus mandamientos; los mandamientos de Dios son su voluntad; su voluntad es su orden; todo el universo se rige por su orden. Si buscas cumplir la ley en todo, tu voluntad será una con la voluntad de la unidad del Uno, y participarás en la fuerza y en el poder, en la misericordia y en la bendición.

8. Busca eliminar de tu razón los prejuicios, de tu corazón las malas inclinaciones y de tu actividad los actos contrarios al orden. Intenta desli-

garte por doquier de lo multiforme, buscando en todo la unidad; pues sólo en ella hay fe, amor, esperanza, concordia, felicidad, acuerdo y gozo.

9. Ten piedad del pobre, de las viudas y de los huérfanos; atiende a los oprimidos y protege a todo ser humano por ser tu hermano, pues también ha sido llamado a la bienaventuranza. Acoge al caminante, honra a tus superiores; aprende a soportar las contrariedades, a perdonar y a amar al enemigo; intenta reconducir al descarriado al camino con mansedumbre, no odies a quienes no creen y no oprimas a nadie por dinero.

10. Ora, y hazlo con confianza en todas las cosas. Que en tu alma no penetre duda alguna de que tu petición será concedida cuando ores en espíritu y en verdad. No pienses que, siendo un pecador, Dios no te escuchará, sino dírígete a tu Dios. Él no ofrece piedras a sus hijos que le piden pan; pero ora en espíritu y en verdad, pues Dios sólo promete cumplimiento a la oración por la fe. El dios al que oras es un dios de amor. Todo lo que se acerca a Él lo atrae hacia sí y hacia su interior, para unirlo completamente a sí mismo.

11. Expulsa toda tristeza de tu corazón, pues ella debilita. Un ánimo alegre da fortaleza. No tengas en cuenta tu impotencia, no te dejes sub-

yugar por tus errores. Confía completamente en Dios, que protege a los suyos, fortalece a los débiles y da poder a los impotentes.

12. Busca sabiduría en lugar de ciencia; y aquélla sólo la encontrarás en el espíritu de la divinidad. Abre tu corazón a este espíritu por medio del amor. Él tomará posesión del corazón, lo inflamará con amor santo y la luz que se elevará de esta llama sagrada lo revelará todo ante tu espíritu.

13. Esfuérzate por apartar tus inclinaciones de todo lo terrenal y déjate atraer por Dios. No compartas ni tu razón, ni tu corazón, ni tu actividad con el mundo, pues donde existe la división, allí hay debilidad e impotencia. Que la moralidad te sea en todo un medio, pero nunca un fin. Busca unificar todas tus fuerzas, pues en la unidad de las fuerzas se encuentra lo eternamente inmutable, y sólo en lo eternamente inmutable se encuentran la felicidad y la calma.

Reglas para lo más interior

1. El corazón o nuestra voluntad ha de buscar directamente la fuente de la luz. Esta fuente de luz es Jesucristo.

2. Esta fuente de luz es la fuerza de atracción suprema y nos atrae hacia sí, en cuanto lo permitimos.

3. La obstinación y la autoafirmación son las fuerzas de gravedad que nos subyugan a la Tierra; al desatarnos de ellas, se incrementa la fuerza de atracción de lo alto.

4. Todo nuestro anhelo ha de consistir en dejarnos atraer. Con cada avance, el ser humano gana una luz superior.

5. Por esta luz, se vuelven reconocibles para él objetos que anteriormente no veía.

6. Tal como el Sol vuelve todo visible y real en este mundo de los sentidos, así Jesucristo vuelve todo reconocible y real en el mundo del espíritu.

7. Tal como el ser humano material lo ve todo en la luz del Sol, así el ser humano espiritual lo ve todo en la luz del mundo espiritual, y esta contemplación es sabiduría: sus objetos son verdades.

8. En el mundo de los sentidos todo es apariencia; lo verdadero y perdurable se encuentra en el mundo espiritual y emana del mediador entre Dios y el hombre: la Palabra.

9. Esta Palabra puede volverse carne en nosotros, volverse una entidad, y de esta Palabra que se ha vuelto carne en nosotros procede el espíritu de fuerza y de magnificencia.

10. Tal como el Sol muestra objetos siempre nuevos a quien atraviesa un paraje, así Cristo, la luz del Mundo, desvela a quien camina en Él, objetos de la razón siempre nuevos. Caminar en Cristo significa recibir una revelación permanente de su amor y de su sabiduría.

11. Cristo puede volverse visible y tangible para nosotros, pues Él está con nosotros hasta el fin del mundo.

12. Quien Le conoce, conoce la luz, y quien conoce la luz, lo conoce todo. Pero el ser humano sólo reconoce la luz en la luz.

13. La tarea del Sol es iluminar y dar calor. Tiene luz para hacer visible los objetos que genera y mantiene por el calor. Así, Cristo tiene sabiduría y amor. El amor es el calor del Sol espiritual; la sabiduría es su luz. La única tarea de Cristo es amar y darse a conocer de forma visible y tangible al amado: por doquier propagación de la vida; por doquier purificación, disolución de la oscuridad y de la muerte hacia la luz y la vida; por doquier vocación de resu-

rrección y gobierno con Él.

14. Una única contemplación en el espíritu de Cristo puede darnos a conocer más en unos instantes que largos años de esfuerzos de la ciencia exterior. Esta última no nos permite adentrarnos en lo interior de las cosas, mientras que un rayo de luz procedente de la fuente de la sabiduría, ilumina lo más interior y nos lo representa de forma evidente.

15. Quien no tiene experiencia de estas cosas, no puede hacerse una idea de esta gran verdad; por ello, es muy cierto lo que se escribe: "*Carnalis homo non concipit ea quae sunt spiritus*"[11].

16. Confianza y fe en Cristo nos abren nuestro ojo interior, y por él y en él podemos contemplar en espíritu y en verdad.

17. Quien no tenga los ojos abiertos no puede hacerse una idea de las verdades del mundo espiritual, al igual que un ciego no puede ver los colores; pues sin un objeto de contemplación no se puede comparar, pensar ni comprender.

18. Pero quien ha abierto una vez su ojo en el espíritu no puede hacer comprensible lo que vio a otro, que no haya visto, más que por medio de analogías, pues lo divino, lo espiritual y lo físico están unidos por analogías: Pero el objeto, no obstante, siempre es distinto, tal como sucede, por ejemplo, con el cuadro pintado y la propia naturaleza.

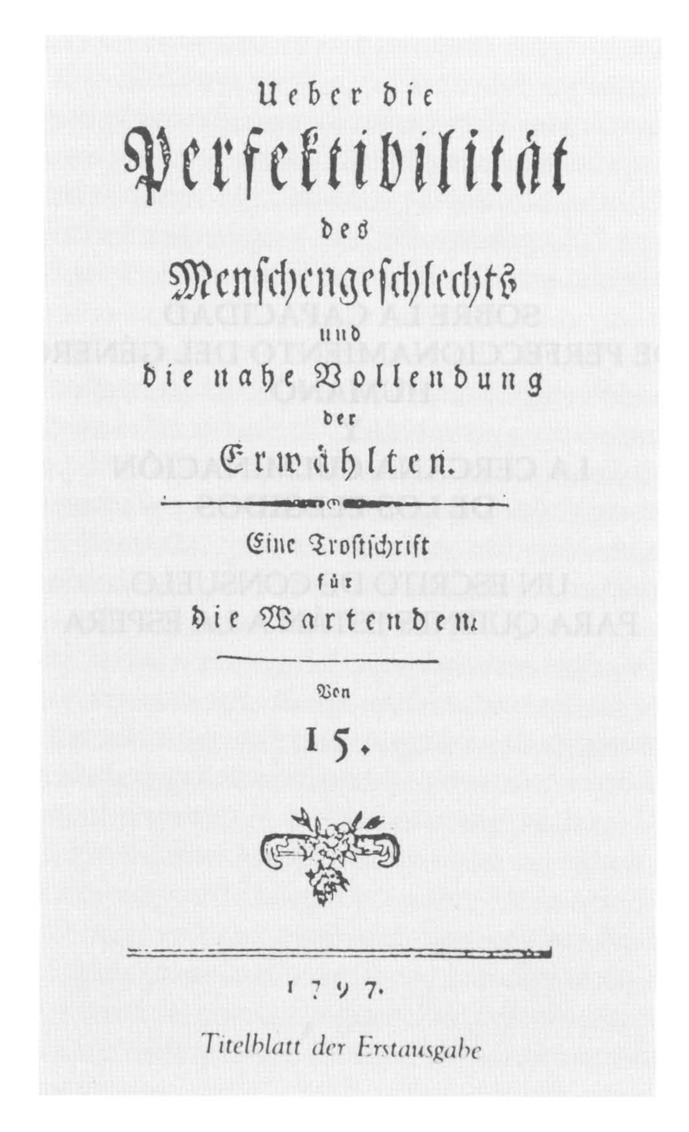
19. Ningún hombre puede introducir a otro en el reino del espíritu; la llave para ello sólo la tiene Cristo. Pero quien busque, encontrará y a quien llame, se le abrirá.

20. Pero lo que es comunicado siempre tiene lugar "*ad mensuram*"[12] y es proporcional a nuestra lucha por la verdad; cuanto más amor, más luz.

21. Pero la luz también se alterna en el mundo del espíritu, también aquí encontramos el crepúsculo, el amanecer y la claridad del mediodía. Estas alternancias, no obstante, no dependen de Cristo, en tanto que Sol del mundo espiritual, sino de nosotros, según el estado de modificación de nuestro espíritu, siguiendo la ley de acercamiento y distanciamiento. Por ello se vuelve necesario vigilar y orar: vigilar, para que la sensualidad no oscurezca nuestra clara mirada; y orar, para que la luz permanezca en nosotros y nosotros permanezcamos en la luz.

SOBRE LA CAPACIDAD DE PERFECCIONAMIENTO DEL GÉNERO HUMANO Y LA CERCANA CULMINACIÓN DE LOS ELEGIDOS

UN ESCRITO DE CONSUELO
PARA QUIENES ESTÁN A LA ESPERA


Ueber die

Perfektibilität

des

Menschengeschlechts

und

die nahe Vollendung

der

Erwählten.

Eine Trostschrift

für

die Wartenden.

Von

15.

1797.

Titelblatt der Erstausgabe

Portada de la edición de 1797

Sobre la capacidad de perfeccionacimiento del género humano

En el ser humano, ¿se encuentra realmente "la capacidad de perfeccionamiento[13]"?¿Es en verdad capaz de volverse perfecto?

Pero la cuestión es: ¿Qué es perfección, qué se entiende por capacidad de perfeccionamiento? Lo que entre los cuerpos es definido como perfecto consiste en la unión proporcional de las partes con el todo. Esta ley de lo exterior debe adaptarse también a lo interior. También allí debe haber perfección en la unión proporcional de las partes con el todo.

¿Cuáles son las partes que componen la naturaleza del ser humano?

¿No son, en lo interno,
razón,
voluntad y
actividad autónoma[14]?

y en lo externo,
¿la capacidad de sentir,
la receptividad y
la sensibilidad?

Entre estas propiedades debe existir, por lo tanto, también un equilibrio proporcional según la ley, los medios y el objetivo prescritos por la naturaleza de su ser para su mantenimiento.

La ley es y ha de seguir siendo ley, el medio debe seguir siéndolo y el objetivo ha de permanecer como tal. La confusión entre los componentes de esta norma es la fuente de todas las imperfecciones de la naturaleza.

Contemplemos ahora el mundo: la moralidad deberá ser su ley, la sensualidad su medio y la perfección su objetivo. Pero el mundo invierte la norma y convierte los sentidos en ley y el goce en objetivo, utilizando sus fuerzas como medio, para su propia perdición.

La proporción del orden es así perturbada, y surge de esta forma la lucha entre la sensualidad y la moralidad. El mal aparece entonces como consecuencia de este desorden, que no cesará hasta que la moralidad haya obtenido la victoria y el único dominio sobre la sensualidad.

El deseo de alcanzar esta victoria y la lucha permanente entre el bien y el mal ya nos indican la posibilidad de perfeccionamiento por la que luchamos. La perfección consiste en la total sumisión de la sensualidad bajo la ley de la moralidad. Es decir, los seres humanos serán

perfectos cuando su actividad autónoma concuerde con una voluntad que se ha sometido a la ley de la razón.

Pero, ¿qué es la razón?, ¿cuáles son sus leyes? La fuente de la razón es Dios mismo, la primera fuerza de las fuerzas pensantes. Las eternas e inmutables relaciones de su unidad determinan su perfección y crean sus propias leyes, que la divinidad se da a sí misma. Estas uniones eternas e inmutables de las ideas de la divinidad misma, para la felicidad de los seres pensantes exteriores a ella, son las puras leyes de la razón de los seres pensantes.

¿Cómo puede llegar a conocer la humanidad tales leyes? Ésta es ahora la cuestión.

La propia naturaleza aporta la respuesta, pues ella le muestra la medida de todas las cosas: ley, medio y objetivo que nunca deberán confundirse, que nunca pueden confundirse sin generar desorden.

Que tu actividad esté sometida a tu voluntad. Tu voluntad, a su vez, a la razón pura, y tu razón a la ley de Dios. Ésta es la forma general bajo la que se expresa la ley del perfeccionamiento.

El objetivo de la creación es la más elevada perfección y la felicidad resultante de ella para

todo el género humano. En nuestra existencia, el medio es la sensualidad que debe estar sometida a la moralidad.

La ley es la razón pura. Pero ésta sólo puede llamarse pura cuando, separada de todo lo multiforme, entra en lo simple, vinculándose a la unidad y sintonizando plenamente con las ideas de la divinidad.

De estas sintonías surge el orden, y del orden, las relaciones o leyes de las cosas. El camino conduce así, escalón tras escalón, hacia el perfeccionamiento. Pero, ¿dónde se encuentra la luz que nos guía en este camino? ¿Dónde deberá buscar la humanidad esta luz? ¿Dónde la encontrará?

En la mayoría de los casos, aún es de noche en el corazón de quienes se proclaman maestros de las leyes de la razón. La voluntad del mundo de los eruditos no actúa según lo discernido. En general, se permanece en el saber. ¿Qué ha de resultar de todo esto? Razón sin fuerza, corazón carente de poder.

La razón humana se asemeja en nuestros tiempos a la luz de un día de invierno. Aunque ilumina los objetos, no crea nada. Los pensamientos sin la puesta en práctica son como los días de invierno de nuestra alma.

Tampoco los filósofos de nuestra época lograrán jamás la culminación de la capacidad de perfeccionamiento del género humano. Su razón no está limpia de prejuicios ni tampoco puede volverse limpia, porque del corazón se elevan siempre nubes de pasiones que oscurecen esta luz.

La mayoría se busca a sí mismo, no a la naturaleza ni a Dios. Ellos no quieren entronizar la verdad, sino sus opiniones. No quieren que el sol de la razón pura brille sobre la humanidad, sino que pretenden ilustrar al mundo con la luz de la lámpara de sus sistemas.

Además, tampoco poseen baremo alguno para sus pensamientos, a fin de ajustar sus ideas según la medida de la naturaleza. Carecen asimismo de báscula y de contrapesos para poder decir: "Éste es el peso exacto de la verdad".

Y aunque dispusiesen de todo ello: ¿Dónde hallarían la fortaleza del corazón para que la actividad y la voluntad se sometan a las leyes de la razón discernidas? ¿Qué utilidad tiene el discernimiento, si no se quiere lo discernido?

La naturaleza prospera por la luz y el calor; la humanidad, por la sabiduría y el amor. La sabiduría es la puesta en práctica de las leyes de la razón más puras; el amor, la sintonía armoniosa de la actividad autónoma de una voluntad ordenada según las leyes de la razón.

Por lo tanto, para el perfeccionamiento del género humano se requiere: fuerza de razón, para discernir con pureza el orden de las cosas; y potencia del corazón, para ejecutar el orden discernido de forma armoniosa.

La fuerza y la potencia, no obstante, no están en nosotros. Somos criaturas impotentes y carentes de fuerza. Obtenemos nuestras ideas a través de los sentidos, de sentidos debilitados que nos engañan incluso en la experiencia. Mediante estos frágiles elementos configuramos la naturaleza de nuestra razón, que deberá gobernar el mundo. Éste es el ídolo al que ofrecemos incienso, al que sacrificamos nuestra felicidad y la de otros seres humanos.

Discernir nuestra falta de fuerza y nuestra impotencia son los primeros escalones hacia la sabiduría. Buscar la perfección allí donde está la fuerza y el poder, éste es el anhelo del que lucha por la verdad. El sensato se mantiene junto a la fuente y no bebe de arroyos derivados.

Pero, ¿dónde se encuentra esta fuente de perfección? Ella es y sólo puede ser Dios. Tal como el Sol es la fuente de la luz y del calor, de donde surge la vida y la germinación de toda la naturaleza, así Dios es la fuente de la sabiduría y del amor que aporta crecimiento a nuestra razón y actividad ordenada a nuestra voluntad.

La contemplación de su altura muestra el abismo donde nos encontramos; la contemplación de su suprema perfección muestra nuestra imperfección y alejamiento. Estamos alejados de la sabiduría y del amor, apartados de la fuente de la perfección.

Se requiere, por tanto, acercamiento, elevación. Pero, ¿quién nos da la fuerza, quién nos da el poder para elevarnos? ¿Está en nosotros? ¿Estará la fuerza para desarrollarse quizá en el germen? ¿Se debe al capullo de la flor que ésta florezca? ¿No proviene el crecimiento en todas partes de lo alto? ¿No es acaso la mirada del suave sol de primavera la que educa al ejército de flores, la que hace desplegarse al capullo, da hojas al árbol y reviste al arbusto de flores?

También nuestro corazón precisa de la mirada de lo alto, y esta mirada del Sol del mundo espiritual es la misericordia, la cual hace señas al ser humano caído para que regrese, desde el primer día de su extravío hasta el último día de su vida. En toda la naturaleza, todo señala a la perfección, todo es lenguaje de amor, todo llama: "¡Regresa, regresa!"

¿Y adónde se ha de regresar? A la felicidad, a la satisfacción, al gozo, de los que se separó el hombre por abusar de su libertad. Únete de nuevo a Dios, la fuente de tu felicidad.

La reunificación me conduce, por lo tanto, de nuevo a la felicidad. ¿Y qué significa reunificación? ¿No se define acaso como religión? La religión es la enseñanza que me muestra la reunificación con Dios, con la fuente de mi felicidad.

Al existir sólo un Dios, sólo un modo de reunificación con Él, sólo puede haber una única enseñanza que nos revele esta reunificación, sólo una religión.

La religión se fundamenta, por consiguiente, en la naturaleza de nuestro ser, en la posibilidad de perfeccionamiento que sólo obtenemos por medio de ella. La religión es así la gran escuela de educación de los seres humanos y su objetivo es, por tanto, el supremo perfeccionamiento de la humanidad.

Pero, ¿quién es el maestro de esta gran escuela de educación? Sólo Dios mismo puede serlo, como fuente de la luz; sólo la luz transmite luz, sólo el Sol trae de nuevo el día. Únicamente por medio del Sol se desvelan todos los objetos, en su luz, de forma visible. Así se manifiestan las bellezas de la naturaleza en su brillo y nos ofrecen conceptos análogos de la revelación religiosa de la iluminación.

La ocupación de la luz del Sol es expandir cada vez más luz hasta el más luminoso mediodía. Dispensar nuevas bendiciones por doquier,

nueva vida hasta la cosecha, ésa es la ocupación de su calor.

Esta ocupación es también la de la divinidad. Iluminar por medio de la sabiduría, hacer el bien por el amor. Hacernos sabios y buenos y, por ello, felices y satisfechos es el objetivo de perfección más elevado de ambos.

Pero, ¿según qué leyes se rige esta perfección? Ésta es otra cuestión. Según las leyes del orden Dios es un ser perfecto, y la perfección es orden y armonía. Si quieres saber cómo es llevado el género humano a la más elevada perfección, entonces aprende a conocer antes el escalón de la imperfección sobre el que se encuentra. Cuantos más escalones se desciendan, tantos más se tendrán que volver a subir. Según los grados que uno se ha alejado, así ha de volverse de nuevo a acercar.

El ser humano posee en su interior tres principios: razón, voluntad y actividad autónoma, o bien, dicho según la expresión sensorial: cabeza, corazón y espíritu.

La razón, la voluntad y la actividad autónoma del ser humano se apartaron del orden. La humanidad perdió entonces la fuerza y el poder, así como la felicidad que emanaba de ambos.

La moralidad era su ley, pues la moralidad es orden y procede de Dios. La sensualidad debía

haber permanecido sometida a la moralidad, éste era el mandamiento. El ser humano, no obstante, se separó de la moralidad y se dejó gobernar por lo sensual. Así se invirtió el orden, y como la sensualidad se convirtió en su ley, necesariamente tuvo que experimentar sus efectos. La razón se hundió así en los prejuicios, el corazón en los errores, y la actividad autónoma en los pecados, es decir, en actos contrarios al orden. Así se corrompieron los tres principios fundamentales en el género humano. La humanidad descendió entonces tres grandes peldaños, desde la felicidad hasta el infortunio, y deberá volver a subirlos si quiere ser feliz.

Subir estos tres escalones es el fundamento de todo el perfeccionamiento humano. Debe volver a estar en posesión de la razón pura, de una voluntad ordenada y de una actividad autónoma armoniosa. Pero esta última sólo puede surgir a partir de una voluntad ordenada que se encuentre sometida a la pura ley de la razón.

Dios que, como Padre de todos los seres humanos, tiene a su cargo la gran educación de la humanidad, dispuso por ello, según las inmutables leyes de su sabiduría, tres períodos para la educación del género humano:

El primer período es la Antigua Alianza, prevista para los años de infancia de la humanidad.

El segundo período se encuentra en la Nueva Alianza, prevista para los años de juventud de la humanidad.

El tercer período se halla en la tercera Alianza la edad del espíritu prometido, prevista para los años de madurez de la humanidad.

En la Antigua Alianza, todo se encontraba en los jeroglíficos, y todas las formas de sabiduría estaban envueltas en imágenes simbólicas vivas. En la Nueva Alianza vino un órgano viviente de la divinidad que nos enseñó en la práctica, mediante ejemplos de amor, lo que la sabiduría contenía de forma teórica en la Antigua Alianza.

Finalmente, el espíritu prometido por este órgano de la divinidad, unirá lo antiguo con lo nuevo, aportando la actividad autónoma a la teoría de la sabiduría y a la puesta en práctica del amor, para que la sabiduría y el amor se vuelvan un ser y adquieran aquí una forma que se llama perfección.

Según las leyes inmutables del orden, también esta sucesiva formación humana tiene su orden, y primero debe completarse entre los aptos para la luz, es decir, los elegidos. Sólo entonces se propagarán, desde este foco, la sabiduría y el amor por toda la Tierra.

Las leyes eternas de las cosas establecen que sólo los receptivos a la luz de cada época son capaces de acoger la luz. Sólo éstos son educados por la luz eterna, formando con ellos alianzas de luz, para conducir también a los demás hacia la luz.

El gran plan de creación de la divinidad es llevarlo todo a la perfección. Por doquier donde hay muerte, dar vida; donde hay impotencia, dispensar fuerza; donde hay adormecimiento, despertar a la actividad. Éste es el efecto de la luz de Dios sobre la humanidad.

Pero este objetivo sólo puede alcanzarse por medio de la sabiduría y el amor, y por el espíritu que emana de la sabiduría y del amor. Hacia allí se encamina todo; todo es modelo, prototipo e imagen. El mundo existía en la Antigua Alianza para preestablecerlo todo en fórmulas de sabiduría, antes del nacimiento del Salvador; de igual modo que, tras su muerte, existe para expresarlo todo en su espíritu.

Todo debe alcanzar una realidad esencial; se trata de una ley eterna e inmutable. Pero sólo el

espíritu aporta la esencialidad. La sabiduría y el amor sólo se convertirán en un ser cuando el espíritu que emana de la sabiduría y del amor haya sometido la actividad autónoma a la amante voluntad, y ésta se someta a la sabiduría que aporta la ley. Entonces se habrán unido la fuerza, el poder y la actividad.

La sabiduría aportará fuerza, el amor poder, y la actividad autónoma del ser humano, que emana de la sabiduría y del amor, aportará su entidad al perfeccionamiento del género humano. La felicidad, la satisfacción y el gozo vendrán entonces de nuevo sobre Israel. Dios introducirá así a su pueblo, es decir, a quienes Le siguieron, en Canaán.

¿Qué serían la sabiduría y el amor sin el poder? Pero según las inmutables leyes del orden, Dios sólo puede otorgar el poder cuando la sabiduría y el amor han sido anteriormente fundadas.

Todo sigue el orden; en todas las estancias de Dios hay armonía. Sólo quien ha luchado por obtener la sabiduría y el amor, merece la corona del poder. La sabiduría aporta la armadura, el amor lleva a cabo la lucha, sólo entonces vence el espíritu y coloca el laurel sobre la cabeza del combatiente.

El proceso de formación del ser humano es digno de adoración. Primero, se entregaron imágenes simbólicas a la humanidad animal, que únicamente entendía la letra muerta y que sólo se aferraba a la letra muerta. Después, fue llevada a la práctica de la ley por el Evangelio. Finalmente, el espíritu que emana de la teoría y de la práctica aportará el cumplimiento.

En la Antigua Alianza se hallaba el comienzo del perfeccionamiento del género humano; las imágenes simbólicas estaban allí en la letra. En la Nueva Alianza, Cristo nos enseñó a componer estas letras según las leyes fundamentales del amor. En la tercera época, los elegidos aprenderán a leer los libros de sabiduría y de amor y a comprenderlos por su espíritu. El ser humano natural, espiritual y divino será llevado así al cumplimiento en cuerpo, alma y espíritu, y recibirá luz, vida y fuerza.

Esta última etapa es el escenario de la revelación y del cumplimiento de todos los misterios.

Sólo esta época del espíritu es la que realmente extenderá por doquier luz, fuerza y vida. Transformará la fe en contemplación, convertirá el sabor y olor anticipados de la plenitud futura en un deleite verdaderamente sustancioso y el conocimiento parcial de nuestros tiempos será introducido en la totalidad del conocimiento perfecto.

Pero algunos dirán: "¿Quién nos garantiza la veracidad de esta halagadora esperanza?" Dios mismo, su perfección, su orden, todas las relaciones existentes en la naturaleza. Él, el Perfecto, no puede dejar nada sin perfeccionar. Todo ha de ser llevado a la armonía y al orden por Aquél que es, en sí mismo, armonía y orden.

Aquí, en esta Tierra, ha surgido el pecado, y las consecuencias fueron la muerte y la miseria. Aquí, en esta Tierra, debe redimirse el pecado, debe ser destruida la muerte y la miseria.

Aquí, en esta Tierra, Cristo ha derramado su sangre para aportar de nuevo el germen de la vida a la Tierra. Aquí también debe desarrollarse de nuevo esta semilla y portar los frutos del espíritu.

Aquí, donde Cristo nació, donde padeció y fue escarnecido, donde murió, aquí aparecerá entre los suyos en toda magnificencia y culminará el gran objetivo de la liberación de la humanidad por medio de su espíritu.

Aquí, donde su cruz se vuelve, para algunos, necedad y para otros escándalo, aquí ha de manifestarse la sabiduría de su triunfo.

Todo lo interior trabaja abriéndose paso hacia lo exterior. Todo lo exterior debe recibir una imagen y una forma, para que se vuelva una entidad. Así, también el reino de Dios se construye abriéndose paso desde lo interior, y el espíritu divino otorga fuerza y poder y conduce todo a la esencia.

¿Sería completa la victoria sobre la muerte y el infierno, si aquí abajo, donde la muerte y el infierno causan estragos, no se destruyera también su fuerza y su poder?

Adán no fue creado como un espíritu, sino como un hombre-espíritu perfecto. Por el pecado perdió su perfección y trajo el mal y la muerte sobre su descendencia.

El conciliador, que conduce todo de nuevo a la perfección, también reconstruirá aquí abajo la dignidad humana perfecta. Todo lo que la humanidad perdió en Adán, debe volverlo a encontrar en Cristo. La razón en la sabiduría de Cristo, el corazón en el amor y la actividad autónoma en el impulso del espíritu divino. La felicidad, la satisfacción y el gozo vendrán así sobre los elegidos del género humano y se fundará el reino de Jesús el Mesías, el reino de la sabiduría y del amor.

La formación plena y la más elevada perfección de la naturaleza humana consisten en las relaciones proporcionadas entre la razón, la

voluntad y la actividad autónoma del género humano. La desproporción es la fuente de todo desmoronamiento y de toda miseria.

La razón y la voluntad sin actividad autónoma consumen, en un deterioro vano, la médula y la osamenta. La razón sin amor, vuelve cruel y duro. El amor sin razón hiere en lugar de sanar. La actividad sin razón, destruye en lugar de construir. Actividad sin amor mata en lugar de vivificar. Toda la miseria de los días de nuestra peregrinación emana de la fuente de estas desproporciones.

La verdadera labor del renacido es eliminar las desproporciones. Ése es el objetivo divino de toda la gran educación humana; crear por doquier armonía y proporción en su comunidad. Vincular por doquier la actividad con la voluntad pura, la voluntad pura con la razón, y la razón con Dios.

La Antigua Alianza enseñó a los aptos para la luz la sabiduría en formas eternas e inmutables. La Nueva Alianza enseñó a los aptos para la luz el amor y la práctica por los actos, mediante el ejemplo del órgano viviente de la sabiduría, que fue Cristo.

Desde esa época hubo dos libros de enseñanza para los elegidos. El libro de la Antigua Alianza, como teoría de todas las verdades de la ley; y el Evangelio, como libro de la Nueva Alianza, el libro de la práctica de todas las formas de sabiduría a través del amor. Por medio de estos dos libros se formaron los aptos para la luz de todos los tiempos; por la sabiduría y el amor, por la misericordia y la bendición recibidas desde lo alto en la lucha contra la sensualidad.

Pero, ¿qué serían la sabiduría y el amor sin fuerza? ¿Qué sentido tendría un combate eterno sin victoria? Sabiduría y amor sin poder no serían un buen salario para el bueno. ¡Sería un castigo poseer sabiduría y luchar siempre en vano

contra las necedades; poseer amor y no tener el poder para ponerlo en práctica! ¡Cuán mísero sería este estado!

Nada carece de objetivo. Donde existen la ley y los medios, allí es necesario el objetivo. Donde la sabiduría es la ley y el amor el medio, ahí, necesariamente, debe seguir más pronto o más tarde el poder de realización. Dios también dará el poder a sus elegidos, a quienes dio sabiduría y amor, para que puedan ejercer la sabiduría y el amor. Las sucesiones de los tiempos no impiden la ejecución del gran plan del creador.

Primero hay que esparcir la semilla en la tierra; luego la cubren el hielo y la nieve, también lluvias y tormentas se precipitan sobre ella. Finalmente se desarrolla en primavera, y se acerca a la cosecha en verano. También el Reino de Dios tiene su tiempo de cosecha. Lo perfecto no deja nada imperfecto. Lo armonioso conduce todo a la armonía. En el mundo de la bondad y de la justicia, deben regir la medida y la proporción.

El ser humano posee en sí mismo dos impulsos que, cuando no están sometidos a la ley de la razón y a una voluntad ordenada, se combaten siempre mutuamente. De esta lucha surge toda la miseria en el mundo. Uno de los impulsos proviene de la actividad autónoma y el otro de la sensualidad.

El primero impulsa a un comportamiento razonable, es decir, libre y regido según las normas generales del orden. El otro, por el contrario, insta a la satisfacción de todas las inclinaciones y necesidades sensuales.

Este impulso se tiene a sí mismo como único objetivo, concentra todo en sí mismo y considera todo lo demás al exterior suyo como medio para lograr su objetivo, que es él mismo. Está por ello lleno de engreimiento, avaricia y espíritu de contradicción. Invierte el orden de las cosas y es la causa de todo mal.

La moralidad es el comportamiento humano según las eternas leyes de la razón, cuya única fuente es Dios. La sensualidad es el comportamiento humano según las necesidades animales. El ser humano es al mismo tiempo racional y sensual, o bien una entidad racional que existe bajo condiciones sensuales.

Sensualidad y razón son los caracteres principales que se reúnen en un sujeto. Toda persona tiene en común con los animales la sensualidad: por ella está vinculado con el reino animal. Tiene asimismo en común con el espíritu la razón: por ella está vinculado con el reino espiritual. La humanidad no es racional para ser animal; es animal y sensual para que se vuelva racional. En consecuencia, la sensualidad es y seguirá siendo siempre el medio para el fin.

La fuente de la razón más pura, Dios, es por ello siempre lo primero e incondicional y la sensualidad, lo condicional. La sensualidad nunca puede ni debe ser ley. Sólo cuando ella se encuentre de nuevo bajo la ley de la moralidad, se habrá restablecido el equilibrio perturbado; entonces acabará la lucha de las fuerzas combatientes y aparecerá la calma y la felicidad.

En esto consiste el supremo perfeccionamiento del género humano: en la victoria de la luz sobre la oscuridad, en la supremacía del bien sobre el mal, en el Reino de Cristo.

Seguramente algunos objetarán lo siguiente: "¿Qué seguridad, qué pruebas aporta el ser humano racional respecto a estas afirmaciones? ¿Dónde se encuentra el objetivo de perfeccionamiento humano? ¿Cómo se llega a ello? ¿Es la línea que conduce hasta allí una asíntota[15]? ¿Una elipse? ¿Una cicloide[16]? ¿O qué otra curva?" Y yo contesto a ello: Se trata de una línea recta, pues precisamente la desviación de la línea recta es la causa del estado del bien y del mal en el que vivimos.

En la naturaleza encontramos un ejemplo de esta verdad. La observación nos muestra que el movimiento de la Tierra es producido por dos fuerzas. Por la fuerza atrayente del Sol que la acerca y por su propia fuerza de gravedad que

la aleja. Estas dos fuerzas opuestas son, por lo tanto, la causa de que el mundo recorra una circunferencia. Dado que no sigue por completo a ninguna de estas dos fuerzas en conflicto, dejándose guiar por cada una, su recorrido forma así un círculo, que de lo contrario sería una línea perpendicular.

Esta observación nos permite concluir que lo sensual ha surgido por la participación en dos fuerzas que se combaten entre sí, de las cuales ninguna actúa sobre nosotros de forma completa. La fuerza de atracción de la razón siempre atrae hacia sí a nuestro ser, y la fuerza de gravedad de la sensualidad le aparta, y así recorremos el círculo de los cambios. Si siguiéramos por completo la ley de atracción, el círculo cesaría y aparecería la línea perpendicular.

De la división de nuestra voluntad surgieron el bien y el mal; por esta división también se dividieron nuestras fuerzas. La consecuencia de ello fueron la debilidad y los cambios, que no podrán cesar hasta que las fuerzas estén unificadas y la sensualidad se someta a la ley de la atracción; entonces se habrá restablecido la armonía en el todo.

¡Oh, vosotros que lucháis por la verdad! ¡Secad vuestras lágrimas que habéis derramado sobre el linaje fraternal de los seres humanos! Dios satisface cada impulso a su debido tiempo, tam-

bién nuestros impulsos de luz y verdad, por los que únicamente podrá surgir la felicidad humana, serán colmados.

Amor, verdad y sabiduría, las hijas del cielo, han huido al santuario más interior; ellas nunca han sido expulsadas por completo del mundo. La providencia las cubrió con una nube ante los ojos de los profanos, mientras los elegidos de cada época se deleitaban con ellas.

La felicidad, que había sido expulsada de la Tierra, fue acogida por estas hermanas santas. Cuando el tiempo levante el velo del santuario más interior, entonces, de la mano del espíritu de amor, verdad y sabiduría, retornará la felicidad sobre la Tierra; y este espíritu es el Espíritu de Cristo.

El perfeccionamiento de los seres humanos no es un ideal, es una realidad que un día existirá y debe existir. Sólo queda la pregunta: ¿De qué modo será conducido el género humano a él y cuáles son los medios?

El justo fue en cada época el énfasis particular de Dios. La divinidad sólo se unió a los aptos para la luz de cada época. Con éstos fundó sus alianzas. A ellos les reveló sus santos misterios; ellos fueron instruidos sobre cómo debían extender la luz recibida y actuar con ella sobre el resto de tipos humanos, según sus capacidades y receptividad.

Así hizo Dios con Abraham, el más apto para

la luz de su época, patriarca de los hijos de la luz, de los elegidos.

Entre los aptos para la luz se extendió una cadena ininterrumpida, desde la creación del mundo hasta nuestros tiempos, y Cristo mismo se unió en medio de los tiempos como centro de la luz, según la orden del sacerdote-rey Melquisedec.

Pero, ¿quiénes fueron estos elegidos, estos aptos para la luz? Aquéllos que poseían la fe desnuda, como Abraham; la pura disposición al sacrificio como Isaac y la perfecta entrega como Jacob. Eran quienes no buscaron otra luz que la fuente de la luz, que es Dios, quienes no tuvieron otra voluntad que la voluntad de Aquél que les creó, quienes no buscaron otra actividad ni caminaron en ningún otro espíritu, más que en el espíritu de la santidad de Dios.

Éstos fueron los hijos de Dios, los elegidos y llamados de cada época. Con ellos comenzó Dios la gran obra de la educación de los seres humanos. Dios les condujo en primer lugar por los escalones de los años de infancia, juventud y madurez de la educación. Primero deben perfeccionarse los elegidos, el género humano restante será entonces educado por ellos. Así son las eternas e inmutables exhortaciones de la divinidad.

Basta con echar una mirada a los primeros

años de la historia de la humanidad y observar la primera vida de los patriarcas. Éstos fueron los años de infancia de los elegidos. El trato de Dios con sus hijos de luz fue como el de un padre; la divinidad colocó de forma sencilla, como un juego, los elementos de sabiduría y ciencia en sus cándidas almas de niños. Los amados, aún menores de edad, fueron arropados con ternura paternal; moraban sobre verdes prados, gozaban junto a refrescantes fuentes, caminaban por valles tenebrosos sin temor por la desgracia, pues la mano del Padre estaba con ellos, era Su báculo que les guiaba.

Pero pronto maduró el tierno capullo cerrado y fuerzas vitales más nobles comenzaron a abrirse paso. El gran educador de los hombres aparece entonces en una relación distinta. Él es el señor y legislador en la época mosaica. Lo tierno, juguetón y materno de la educación anterior se transforma en la severa disciplina de la escuela y en un programa de enseñanza mesurado, en un determinado ordenar y obedecer, premiar y castigar.

La criatura deja la escuela infantil para ir al pupitre, aprende las letras e imágenes por la fuerza y la vara; se le presentan rasgos iniciales de la sabiduría y la ciencia por medio de leyes que ella todavía no vislumbra; todo está relacionado con lo humano sensual.

Vienen después los años de juventud de los elegidos; el capullo abierto se despliega, brotan flores y frutos. El gran educador de los seres humanos aparece de nuevo en otra relación. Cristo aparece aquí como Hombre-Dios, como amigo. La severa enseñanza escolar desaparece junto con un mesurado modelo de enseñanza basado en órdenes y obediencia, premios y castigos. La casi esclavitud se transforma en confianza fraternal; el imaginario de la ley mosaica recibe otra apariencia y se muestra como la enseñanza libre, espiritual y viva del Evangelio. El educador eleva a sus hijos hacia sus derechos de nacimiento, les muestra el plan y el objetivo de la educación, su origen, su estado y su vocación.

Finalmente, los hijos de la luz se vuelven adultos, tras haber recibido la instrucción teórica y práctica del Padre para su perfección y felicidad. Ellos reciben fuerza y poder para actuar de acuerdo con la instrucción recibida, son aceptados como herederos del Reino y se les transfiere la co-regencia.

Existen por tanto tres épocas principales, por medio de las cuales Dios conduce a la perfección primero a sus elegidos y finalmente, por medio de ellos, a los demás miembros del género humano. Lo animal es conducido así a lo intelectual, y lo intelectual a lo espiritual; lo sensual se vuelve así racional, y lo racional alcanza la suprema razón.

La Biblia es, por lo tanto, la historia fragmentaria del paulatino desarrollo de la triple vida de todo el género humano; se trata del plan educacional con su criatura preferida, el ser humano.

El Antiguo Testamento muestra a la humanidad animal y sensual todo lo que precisa para el perfeccionamiento de su ser intelectual, por medio de imágenes; aquí encontramos la letra.

El Evangelio es el indicador del camino hacia la práctica sensata y el desarrollo de las perfecciones del espíritu y, finalmente, el espíritu que emana del Evangelio es la máxima plenitud de la perfección humana.

Todo se comporta como la semilla, la flor y el fruto. La triple naturaleza del ser humano, que consta de cuerpo, alma y espíritu, es llevada así a su plenitud; la sensualidad es sometida a la voluntad y la voluntad a la razón; el ser humano es unido a Cristo y, por Cristo, también al Padre.

Los testigos eternos de esta verdad son: sangre, agua y espíritu. La sangre como símbolo de la humanidad animal y sensual, el agua como símbolo de lo espiritual, y el espíritu como símbolo de lo divino. Lo sensual es así sometido a lo espiritual, y lo espiritual a lo divino. La fe se

convertirá así en discernimiento, y el discernimiento llevará a la unión. Así la Antigua Alianza fue el comienzo, la Nueva Alianza la continuación y la época del Espíritu será la culminación.

Éste es el procedimiento por el cual Dios conduce a la culminación primero a cada individuo de sus elegidos, y finalmente a todo el género humano. Primero enseñándoles como a niños, luego mediante la lucha y el combate, y finalmente por la corona de la victoria.

En invierno, el germen sólo se encuentra potencialmente en la joven planta, cubierta de nieve y frecuentemente apenas visible. Así se encontraba el germen de nuestra capacidad de perfeccionamiento bajo las severas leyes del estado de la Antigua Alianza. En primavera, este germen comenzó a recibir una relación más cercana del Sol del espíritu. Vivificado por su calor y animado por su luz, verdeó y creció hacia arriba. Finalmente se acerca la época del verano, el pleno desarrollo de la fuerza vital interior; la planta alcanza su madurez y se vuelve comestible.

Así es el recorrido de las tres épocas principales, mundos, obras y revelaciones de Dios. Es el recorrido de formación del ser humano con su naturaleza física, intelectual y espiritual, y el devenir de todo su ser hasta la reunificación con la fuente primordial de toda vida, en cuya unidad sólo hay existencia, fuerza y ser; donde antaño cesaron todas las medidas del tiempo, terminan número, medida y peso. Y Dios será entonces todo en todo.

Pero algunos objetarán: "¿Cómo compaginar esto con el espíritu de la época? ¿No parece más bien que el género humano es zarandeado en un círculo eterno de elevación y descenso, de perfeccionamiento y nuevamente degradación hacia la animalidad? ¿No se elevan acaso los reinos desde el barbarismo hasta la cultura más elevada, y decaen de nuevo, perdiéndose en la necedad y en la ignorancia?"

¡Sí! Éste es el devenir de las cosas, el devenir de lo mutable. Elevación y caída es el destino de la envoltura exterior. Sólo el espíritu que está en el interior no decae. Él no padece bajo los cambios. Él sólo se desarrolla, acoge otras formas, las desecha de nuevo y se abre paso a través de todas las posibles cortezas e impedimentos de prejuicios y errores.

En vano es reprimido nuevamente y encarce-

lado con ataduras en nuevas formas; el tiempo también destruye éstas, hasta que el espíritu aparece finalmente puro y perfecto. Antes de que pudiera venir el espíritu de mansedumbre y de amor, el espíritu del Evangelio, fue necesario que gobernara el severo espíritu de la ley; primero la letra tenía que matar, antes de que el espíritu pudiera vivificar.

Del barbarismo y de la idolatría emergió paulatinamente el género humano ya más maduro para comprender el concepto de divinidad. Las fuerzas del alma fueron desarrolladas por una intensa formación de costumbres nacionales, orientales, egipcias y romanas, a través de incontables escalones y actuaciones. Todo esto debía preceder, antes de que ahora pudieran llevarse a cabo los inicios mínimos de la contemplación, al concepto y la confesión de un ideal religioso.

Todas las ideas han de desarrollarse progresivamente. Las naciones han de unirse, llevando sus prejuicios y opiniones hacia horizontes ajenos; y por otro lado, deberán acoger otros, movidos por la necesidad, y fundirlos en su propio ser, para que con el tiempo, que todo lo purifica, puedan refundirlos de nuevo, hasta que el Espíritu de la Verdad sea oro purificado de toda escoria.

El fermento de la putrefacción moral se

encuentra por tanto en todo. Por ello el espíritu ha de abrirse paso a través de todo lo que se le interpone, hasta que haya apartado todas las cortezas, roto todas las cadenas que le bloquean y esté libre de prejuicios, errores y desviaciones. Sólo encontrará esta libertad para gozar de los privilegios de su vocación cuando todo lo que le impide elevarse hasta la patria del espíritu haya quedado por debajo de él.

Repito, estamos cerca de una época importante; se trata del final de la formación humana de los aptos para la luz, de los elegidos. Dispersos por la vasta Tierra, vivieron desde hace siglos en diferentes lugares, adorando en soledad la sabiduría y el amor. Sin ser conocidos por los demás seres humanos, trabajaron en silencio en la gran construcción de una morada santa de felicidad interior. Con paciencia perseveraron en el escalón del desarrollo. En su sensible corazón penetró profundamente el muro impenetrable e inaccesible que existe entre los seres humanos. Sintieron profundamente la herida del fraterno género humano, sintieron la cadena que arrastraba, las adversidades que le oprimía.

Sólo la mirada puesta hacia el futuro les consolaba, cuando cerraban sus ojos para mirar hacia lo alto, hacia un mundo más elevado y mejor, resistiendo las tormentas hasta la venida

del tiempo de la liberación, que ahora se acerca. Para los videntes se aparta por doquier el velo de lo más interior. El arca de la alianza entre la luz y los aptos para la luz se da a conocer con las fuerzas prometidas.

Pero ahora surge una cuestión: ¿Qué medios ofrece Dios a sus perfeccionados y en qué consistirá la fuerza y el poder de sus elegidos?

La contestación a esta pregunta ya se dijo antes con claridad; ya fue anunciada literalmente en el lenguaje simbólico de Juan. Cristo dará a los suyos su espíritu y ese espíritu es la fuerza que emana de la sabiduría y del amor. Es una fuerza de luz que ilumina lo más interior en nosotros, sacando a la luz todo lo que está oculto. Es el espíritu por cuya fuerza realizaban milagros y profetizaban los apóstoles y los profetas, y mediante el cual, como dice Cristo, sus seguidores deberán realizar milagros aún más grandes que los que él mismo realizó sobre la Tierra.

El espíritu de esta sabiduría comprende la suma de todos los misterios, tanto divinos como naturales. Por él, la obra fragmentada de las ciencias es refundida en un todo. Este espíritu muestra a los elegidos con claridad cómo y de qué forma están ocultos en Cristo, en tanto que Palabra de Dios, todos los tesoros de sabiduría del Cielo y de la Tierra así como su correspondiente conocimiento.

Una ley eterna del Reino de Dios dice que la luz se expresa en doce órganos receptivos para la luz. El sol terrestre recorre así los doce signos del zodiaco. La luz brilló en el templo en doce

piedras preciosas sobre el EPHOT[17] de los sacerdotes y Cristo eligió para sí como apóstoles de su Evangelio a doce hombres receptivos a la luz, a doce corazones receptivos al espíritu como piedras angulares de su nueva Jerusalén.

Que quien tenga oídos para oír, oiga: Ya están abiertos los doce portales por los que deberán entrar los elegidos en la ciudad de la magnificencia. Estos portales son las doce verdades del espíritu, por las que vendrá la fuerza y el poder sobre sus elegidos. Estas verdades consisten:

1. En el conocimiento absoluto de Dios y de la naturaleza.

2. En el conocimiento de la luz visible e invisible, por lo que el apto para la luz es conducido al conocimiento de todas las verdades, tanto intelectuales como físicas.

3. En el conocimiento y la ciencia de todos los efectos de un triple espíritu, tanto en lo divino, como en lo espiritual y en lo natural.

4. En el conocimiento y la ciencia de todas las esencialidades y realidades de las cosas en su nacimiento, existencia y continuidad.

5. En el conocimiento y la ciencia de todas las relaciones, leyes, separaciones y disoluciones de la vida y la muerte de las cosas.

6. En el conocimiento y la ciencia de todas las armonías, órdenes, proporciones y composiciones de todas las cosas.

7. En el conocimiento y la ciencia de las fuerzas espirituales y de la interconexión del mundo intelectual con el físico.

8. En la ciencia y el conocimiento de la naturaleza exterior, del mundo corporal y su nexo con otros mundos.

9. En el conocimiento y la ciencia de todos los componentes, propiedades y efectos de las cosas en el reino espiritual y en el reino natural.

10. En el conocimiento y la ciencia de la visión general de toda la cadena natural y espiritual de las cosas.

11. En el conocimiento y la ciencia de lo exterior y lo interior, de lo antiguo y lo nuevo, de lo pasado y lo futuro, de lo mutable e inmutable, de lo bueno y lo malo, en tanto que Árbol de la Ciencia del bien y del mal.

12. En la ciencia de la interconexión de lo divino, espiritual y físico por medio de Jesucristo, el mediador y libertador, en tanto que Árbol de la Vida, que es: el camino del discernimiento para la mente, el de la verdad para el corazón y el de la vida para el espíritu.

De estos conocimientos y ciencias bebieron los elegidos, por la unidad del espíritu, el prometido don de la fortaleza, el poder, la magnificencia, el ornamento y la belleza, la salud y la riqueza del espíritu y del cuerpo. Dones espirituales

y corporales del espíritu divino, en tanto que herencia prometida de los elegidos, y los frutos del temor y del amor, de la sabiduría y del conocimiento, del consejo y de la fortaleza, de la ciencia y de la devoción.

Juan expresó todo esto con claridad en su lenguaje simbólico. El libro, escrito por dentro y por fuera, es el libro del Espíritu de Dios y de la naturaleza. Los siete sellos que lo cierran representan los siete obstáculos del ser humano para ver el interior de las cosas y reconocer las fuerzas espirituales y naturales, por lo que el libro aparece ante él como sellado.

El cordero con siete ojos y siete cuernos significa lo divino en el ser humano. Los siete ojos son la suma del supremo conocimiento espiritual, los siete cuernos son la suma de las fuerzas más elevadas. El poder para abrir estos sellos, que únicamente posee el cordero, significa que el ser humano ha perdido la fuerza y el poder para ver en el mundo espiritual; que sólo puede recibir de nuevo esta fuerza y este poder por la unidad de las fuerzas, y esta unión de las fuerzas sólo es posible por el espíritu que parte de lo divino en el ser humano y que, en la luz, muestra lo más interior de todos los seres.

Este cordero es la Palabra pronunciada, que se sacrifica constantemente por el amor que emana

del Todopoderoso. Los cuatro animales alrededor del trono del cordero son las fuerzas del ser humano: razón y voluntad, aptitud para la luz, fortaleza, constancia y actividad autónoma. Estos animales están llenos de ojos, es decir, llenos de órganos de percepción; sus alas significan la fuerza para elevarse. Día y noche expresan el amor y la sabiduría del Señor. ¡Santo, Santo, Santo!

¡Ya se ha dicho suficiente! ¡Quien tenga el espíritu para comprender, que comprenda!

Las puertas de Jerusalén están abiertas, quien quiera elevarse, que lo haga en el espíritu. Entonces percibirá que Dios aún está y que vive en Sión, en la Montaña Santa. Él es un refugio para quien Le busca y una fortaleza para los hijos de Israel.

Las puertas de Jerusalén están abiertas, ¡quien quiera elevarse, que lo haga!

NOTAS

[1] Edición realizada por la Rozekruis Pers (Haarlem, Holanda) en el año 1994.

[2] Ver Faivre, Eckartshausen et la théosophie chrétienne , París, 1969, pág. 475 y 712.

[3] El viaje de Kostis de la mañana al mediodía.

[4] Sobre los misterios más importantes de la religión.

[5] Acerca de la intolerancia literaria de nuestro siglo.

[6] Aclaraciones sobre la magia en base a experiencias probadas sobre ciencias filosóficas ocultas y secretos resguardados de la naturaleza.

[7] Figuras Secretas de los Rosacruces.

[8] Los jeroglíficos más importantes para el corazón humano.

[9] Eckartshausen alterna, en su exposición, el uso del tiempo presente con el del tiempo pasado. La traducción sigue fielmente el original.

[10]Palabra compuesta, *"Lichtfähig"*, creada por Eckartshausen y utilizada a lo largo de toda la obra.

[11] El ser humano carnal no puede recibir lo que es del espíritu.

[12] Con mesura.

[13] Eckartshausen utiliza aquí el término de "perfectibilidad", en tanto que cualidad de perfectible, adjetivo que significa según la Real Academia Española "capacidad de perfeccionarse o de ser perfeccionado".

[14] Palabra compuesta también por Eckartshausen, *Selbsttätigkeit*, y muy utilizada en todo el texto. Podría también traducirse como "actividad individual".

[15] Línea de aproximación.

[16] Curva plana descrita por un punto dado de una circunferencia cuando esta rueda por una línea recta.

[17] Traje de ceremonia del sumo sacerdote.